

ACTORES DE AYER y DE HOY



Chaplin en una escena de "El Circo"

Es imposible determinar la fecha en que el cinema entró a su segundo período, el hasta antes de la película sonora. Porque existe una bien marcada diferencia entre esa época en que las seriales congregaban a grandes y niños en las salas cinematográficas, y esta otra, en que cada tipo de cinta tiene su público diferente.

¿Qué perdura ahora que los progresos técnicos han dado vuelta por completo ese cine desvalido de ayer, de la época de Perla White? Nada, se dirá. Sin embargo, he aquí, que es preciso hacer recuerdo de algunos nombres.

Descontando la melodramaticidad de numerosas cintas de grandes pretensiones, y también la hinchazón de ciertos artistas que se hartaron de mímica teatral, sin caer nunca en la sencillez naturalidad de los de hoy, quedan todavía algunas figuras dignas de mencionarse. Acaso no exista ningún film de esos que tienen la virtud de movernos a una emoción pura. Los que admiramos, "Las Tragedias del Amor", hace seis o siete años, no pudimos menos de reconocer hace poco, al ver de nuevo esa cinta, que se trataba de tragedias en que había muchos desmayos, y en los cuales intervenían exagerados personajes que caminaban con demasiada rapidez...

Había algo, en fin, que muy lejos de agradarnos, nos causó cierto rubor, por haberlo admirado antes, cuando el cine no dar sus definitivos pasos de ahora.

Hemos dicho, sin embargo, que hay nombres que perduran — en el recuerdo — son esos los actores que poseían la gran fibra dramática, y cuyas actitudes no podemos olvidar. Por ejemplo, ese gigante, hermoso como un niño, ingenioso como un niño, que se llamaba William Farnum, y que admiramos a través de "Los Miserables", y de muchas películas, en las cuales predominaba el sentimien-

to de la venganza. Farnum era vengativo por excelencia. Con sus dientes apretados y sus manos en actitud de arañar, era la imagen fiel de la venganza.

Ahora William Farnum ha pasado de moda, y son muy contadas las personas que recuerdan a éste ídolo de un ayer tan próximo.

Los niños, que viven preocupados de las proezas de sus héroes, ni siquiera lo conocen.

Y así como Farnum, se eclipsaron Theda Bara, la trágica de "Salomé" y "Cleopatra"; Sessue Hayakawa, el formidable protagonista de "La Batalla" de Claude Farrere, y tantos otros que no vale recordar.

Una corriente de humanidad y sencillez más pronunciadas, se nota en los actores dramáticos de hoy. El mismo avance de la técnica,

que permite dejar traslucir en el film muchas cosas que no se dicen, hace innecesarias las actitudes exageradas de los protagonistas.

Una turbia mirada de Conrad Veidt expresa más que otro gesto cualquiera. Sólo la sonrisa de Janet Gaynor es un poema de dolor.

La mirada de Chaplin a un pan, cuando desea aparecer como un hambriento, sugiere mil veces más que el gesto del actor que se mesa los cabellos y se oprime la garganta y grita por falta de alimentos.

Eso en cuanto al drama. Mucho más han avanzado los actores cómicos.

Todavía no se habrá olvidado al famoso Sánchez, que mantuvo a flor de labios la risa de toda una generación, en los tiempos en que era necesario prepararse por las paredes o introducirse por el gollete de una botella para hacer reír.

Ahora, la risa se consigue con otros medios, que por cierto son objeto de grandes estudios, por parte de los actores cómicos. Harold Lloyd, cuando se dedica a la preparación de una cinta que va a filmar, reúne gente, amigos y extraños, y realiza sus gracias, lo que piensa que despertará la hilaridad del público. ¡Y qué decepciones no se lleva el simpático actor de las gafas! A veces, un efecto que cree haber conseguido, resulta de una tristeza absoluta, de una desconcertante seriedad. Se deja un lado y se busca otro. Y así es la lucha por descubrir lo verdaderamente cómico, que sostienen los astros de la gracia en Hollywood.

Realizaciones perfectas son las de Chaplin, mago de la emoción, que hace

reír o llorar a voluntad. Las de Buster Keaton, que ha conseguido una cosa muy difícil: hacer reír a fuerza de ponerse serio. Su misma gravedad es un motivo de gracia. Y esto, que podría ser la tragedia de un hombre, es el éxito de un actor.

Pero al fin y al cabo, cada cosa representa su tiempo, y es posible que lo que hoy nos hace curvarnos sobre los sillones de los teatros, mañana no cause ni mucho menos la risa de otra generación. Cada actor de los que hemos nombrado, estuvo bien en su época, desempeñó su rol con la aprobación de los públicos, y se marchó. Cumplió el destino del artista, al fin y al cabo.

E. DELANO



Conrad Veidt, en "La Última Compañía".

